NOCHE SEGUNDA.

LA PERDIDA EN EL BOSQUE.

TEÓFILO, RODRIGO Y MARTIN.

TEÓFILO. ¡Qué noche tan oscura y espantosa! Un precipicio se abre á cada paso. Las espesas y negras nubes nos impiden gozar siquiera la débil luz que prestan las estrellas. Nada tarda en descargar sobre nosotros la inmensa mole de agua que pende sobre nuestras cabezas... Ya gotea fuertemente... Los relámpagos nos deslumbran, y los terribles truenos de los rayos nos asustan y estremecen, amenazando cada instante nuestras vidas...

El aguacero crece por momentos, y el furioso huracán hace crugir las robustas encinas de estos montes. ¿Dista mucho, Rodrigo, la posada donde podamos guarecernos de esta terrible tempestad!

RODRIGO. No lo sé.

TEOF. ¿Cómo no? Pues al ajustarte conmigo no me dijiste, que sabias estos caminos?

ROD. Si lo dije, y alguna vez los he andado; pero

ahora no sé donde estoy. Nos hallamos perdidos. Vos teneis la culpa.

TEOF. ¿Yo?

ROD. Sí: vuestra indiscrecion en poneros á caminar cerca de ponerse el sol.

TEOF. El interés que tengo en caminar, no me permite dilaciones: quisiera ser rayo, para girar con su velocidad en pos de lo que busco.

ROD. ¿Pues qué buscais con tanta ejecucion?

TEOF. A mi esposa, á la querida mitad de mi alma, á la muger mas noble y mas amante.

ROD. Segun eso, ha huido de vos, y en este caso, no es tan noble ni amante como decís.

TEOF. ¡Ah! no injuries con tan bajos conceptos una alma tan grande y bondadosa. Mi muger no huyó de mí, ni nunca tuvo motivo para que temerme ni aborrecerme.

ROD. ¿Pues por qué la buscais por los caminos? ¿qué causa la obligó á separarse de vuestra compañía?

TEOF. Su lealtad, su amor, su fineza.

ROD. ¿Es posible qué por amaros se ausentó de vos?

TEOF. Sí, Rodrigo: anoche por un equívoco me ví en una horrible prision, acompañado de un cadáver. Al prenderme, no se me concedió ver á mi esposa: el ministro ejecutor de mi arresto, creyendo hacerme un gran servicio, dijo á ésta, que mis bienes se embargaban por una deuda, y que á mí se buscaba por lo mismo; pero que él tenia noticia de que

yo habia huido para Acapulco con designio de embarcarme.

Apenas mi fiel compañera oyó esta noticia y se vió despedida de su casa, cuando, segun me dijeron las vecinas, dejó sus hijos no sé donde, y ha marchado sola, á pié y sin dinero, en mi solicitud. ¿Qué podia yo hacer sino partir luego al instante en pos de una muger tan digna?

No he perdido mas tiempo, si puede llamarse perdido, que el que emplee en solicitar ó saber el paradero de mis hijos. En momentos recorrí por las casas de nuestros deudos y cónocidos. Mas fué en vano: no los pude encontrar, y temiendo perderlo todo, me resolví y marché aunque ignorante del camino. En él te hallé, y en él te acomodaste á acompañarme. Hé aquí la justa causa de mi precipitada caminata, y la ninguna culpa que tengo en nuestra pérdida.

Rod. Ciertamente que son vuestros trabajos harto crueles; pero no tanto como los mios.

Teof. En nuestras mayores desgracias, debemos conformarnos con los sábios decretos de la Providencia.

Rod. Para el que se halla agitado como yo, del dolor, del temor y la desesperacion, esos consuelos son muy frios. Nada calman la agitacion de las pasiones.

Teof. Te engañas. Los consuelos mas sólidos y oportunos, no se hallan sino en el seno de la religion. Cuando el hombre no es ateista, no puede encontrar asilo mas dulce y seguro en medio de sus mayores aflicciones, sino en la religion católica.

Si, Rodrigo: ella nos enseña que hay un Dios grande, autor de cuanto ecsiste: legislador supremo de cuanto hay dentro y fuera de la naturaleza: sábio por esencia, y bueno en el último estremo de bondad: nos asegura que este Ser Eterno, nos ama infinitamente mas que nosotros mismos: que nada decreta que no se dirija á nuestro bien: que nos crió y nos conserva: que vela constantemente sobre nuestra felicidad, y nada omite por su parte de cuanto á ella conduce, y que. . .

Rod. Bueno está. Vos teneis un elegante estilo para misionero. Tal vez persuadireis con facilidad á las viejas y á los idiotas; pero yo no soy de estos. Dudo mucho de lo que decís, y no sé cómo combinar ese amor estremado, ni esa cuidadosa Providencia, con el infinito enjambre de males que rodean al mísero mortal, sin cesar de acompañarlo desde la cuna hasta el sepulcro.

Conozco algunos hombres desgraciados, que nunca, ó rara vez, le han visto al placer la cara. Yo soy uno de ellos. Toda mi vida ha sido una cadena no interrumpida de enfermedades, miserias, sinsabores y pesadumbres. No parece sino que hay algun genio superior á mí, que se complace en verme padecer, y que todo lo rodea y lo dispone con este cruel y azaroso designio, porque. . .

Teof. Basta, Rodrigo: ese modo de producirse arguye, ó un entendimiento grosero, ó un corazon

muy corrompido, ó todo junto. Solamente una alma ennegrecida con tan criminales cualidades, puede agraviar á la deidad con semejante blasfemia. ¿Crees tú que el bueno, el justo, el piadoso por esencia, se complazca en lastimar á los que son hechuras de sus manos? ¿Piensas que nuestro soberano autor, es un padre cruel que, como el fabuloso Saturno, se deleite en devorar sus mismos hijos? No, Rodrigo, lejos de tí tan viles sentimientos.

Para que otra vez juzgues, y hables con decoro, acerca de la augusta Providencia, advierte: que no todos los que llamamos males lo son en realidad. Estamos acostumbrados á trocar los nombres de las cosas, y á cada paso llamamos al bien mal, y al mal bien. De aquí proviene que tengamos como un mal positivo todas las privaciones de nuestros gustos, y todo cuanto se opone al logro de nuestros deseos, aun cuando estos sean los mas desordenados. No es menester una revelacion para conocer, que muchas veces la Providencia embaraza nuestros designios por nuestro bien: la esperiencia y la razon, cuando le hacemos lugar, nos convencen de esta verdad.

Tambien debes advertir, que no todos los males que nos afligen vienen dirigidos á nosotros por un decreto absoluto de Dios. Mas veces buscamos el mal nosotros mismos, que las que él nos busca. El Ser Supremo impuso desde el principio ciertas y determinadas leyes á la naturaleza, que no las traspasará sino por un milágro; y así el fuego siempre devorará

lo combustible: el agua mojará: los graves se inclinarán ácia el centro: y así de todo. Dios concurre á las operaciones de la naturaleza, sin cuyo concurso todo se reduciria á la nada, y en este sentido se dice: que *no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios;* pero se ha de entender, sin una voluntad permisiva, no volitiva ó imperiosa. En tal sentido, es una verdad infalible que nada se hace sin la voluntad de Dios, ni el pecado, pues este se hace con su voluntad permisiva, es decir: lo permite, no lo quiere; y así permite que nos aflijan muchos males, que por otra parte quisiera que no nos afligieran. Por ejemplo: por un admirable mecanismo estableció Dios desde el principio la respiracion para la vida animal: siempre que esta funcion se detenga por mucho tiempo, faltará la vida. He aquí la ley de la sábia Providencia, ordenada á la naturaleza, en hombres, aves y brutos. Ahora bien: un desesperado suicidia se suspende de la garganta en un árbol, se impide la respiracion, muere, y quizá se condena. Estos son unos males positivos; pero están en el órden natural, y de consiguiente, en nada se oponen á la Providencia, ni á la suma bondad del Ser Supremo. Dios permite que aquel se ahorque, qne en este caso muera, y que si muere sin su reconciliacion se condene, porque es la misma justicia. Dios permite todo esto; pero ¿dirémos que quiere se ahorque, y que muera eternamente? De ninguna manera: lo contrario nos asegura por su palabra divina: *que no quiere la muerte del pecador, sino su conver-*

sion y vida: luego éste se mató porque quiso, y no porque Dios decretó que tuviera un fin tan desastrado: sufrió un gran mal por su culpa, y no porque Dios lo condenó, aunque lo permitió. De esta clase son muchos de los males que afligen á los hombres, y que el impío atribuye al acaso ó á una Providencia cruel y sin órden.

Rod. Bien: pero lo cierto es, que Dios prevee el mal que me ha de afligir, puede evitarlo, y no lo hace, luego quiere positivamente que yo padezca el tal mal; pues á no querer, claro es que lo evitára, así como evitó que los leones devoraran á Daniel en el lago, que el fuego del horno de Babilonia consumiera los tres niños; que el mar anegara á los Israelitas, perseguidos por Faraon, y así como ha evitado otras innumerables desgracias.

Teof. Tu modo de discurrir, aunque estraviado, me confirma en lo que ya habia sospechado, por tu traje, y es que tus principios han sido otros que los de un mozo de camino.

Pero seas lo que fueres, á mi me basta verte sumergido en el error, para compadecerte y procurar desengañarte segun puedo. Cierto es que Dios prevee nuestros males, y que pudiera evitarlos si quisiera, como de hecho nos libra de mil á cada instante, y aun en la oracion domínica nos enseñó á pedirle que nos libre de todo mal; pero ¿de qué males nos librará con especialidad su Providencia? De aquellos que el hombre no se acarrea, de aquellos á que voluntariamente

no se espone, y de aquellos de que no se puede precaver por sus propias fuerzas, y aun de estos no siempre, sino cuando conviene á sus altísimos designios, ya se interese en ellos la gloria de su nombre, ya el bien de sus criaturas.

De esta clase de males, se vió amenazado Daniel en el lago: los niños en el horno, los Israelitas en el mar, y otros muchos; que ni se espusieron al mal, ni estaba en su arbitrio el libertarse de él. En éstos, Dios ha tomado por su cuenta el libertarlos, como lo ha hecho, interrumpiendo el órden prescrito á la naturaleza, de cuyos milágros ha resultado gloria á Dios y útilidad á todas sus criaturas.

Mas estos casos son muy raros, y el hombre jamás debe pedirle lo libre de los males por semejantes medios, porque esto se llama tentar á Dios, quien nunca hace milagros á nuestro antojo: ni mucho menos debemos esperar que nos libre del mal á que nos esponemos, conociendo el peligro eminente. Por esta razon tengo por una piadosa candidez, la devocion con que el toreador puesto delante de la fiera, invoca á los santos, esperando que Dios por su intercesion lo libre de aquel peligro, á que voluntariamente se espone: cuando él solo, sin ocurrir á Dios, pudiera librarse no poniéndose delante de las puntas del toro, quien seguramente no lo habia de ir á buscar á su casa para herirlo, y sabiendo, ó debiendo saber, que es una verdad eterna que *el que se espone al peligro, las mas veces perece en él.*

Rod. Eso es incontestable.

Teof. Pues á este modo son muchos de los males que afligen á los hombres, y siendo por su culpa, los atribuyen los impíos á la Providencia; pero injusta y temerariamente.

El que disipó su patrimonio, el holgazán inútil, el gloton, el pícaro, el pendenciero y otros así ¿con que cara se quejarán de la Providencia, por la miseria que les aflige, por las enfermedades que padecen, por los castigos, golpes y penalidades que sufren, cuando ellos con sus vicios y desarreglada conducta se labran sin cesár su suerte desgraciada?

Rod. Al fin quereis persuadirme que Dios no determina ningun mal á las criaturas, sino que éstas se buscan cuantos pedecen, y que por lo mismo es temeridad y tentar á Dios, pedirle que nos libre de los males. Dicid lo que quisieres; pero no sé cómo conciliar nuestra doctrina con la constumbre de la iglesia, á quien oígo pedir á Dios nos libre de todo mal. Bien lo sasbeis: preces tiene para suplicar nos libre de los rayos, de los terremotos, de las guerras, de las muertes repentinas, &c. &c., y segun esto, yo debo creer que todos los males son decretados por Dios, puesto que se le pide que nos libre de ellos, ó lo que es lo mismo, que jamas los decrete contra nosotros.

Teof. Tú teequ ivocas, Rodrigo, mi doctrina no se halla en oposicion con la costumbre de la iglesia. De las mácsimas de religion que ésta me enseña, saco cuanto te digo, y tú no entiendes; pero oye: la santa

iglesia pide á Dios que nos libre de todo mal, mas esto no prueba que Dios decrete todo el mal. El Sér Supremo no es autor del mal. El mal, te he dicho, que sucede con la permision de Dios; pero tambien te espliqué que no es lo mismo permitir que querer. Debemos pedirle que nos libre del mal, y confiar en supoder, pues es omnipotente y puede librarnos, y no solo puede, nos libra en efecto de mil desgracias, de que no podemos precavernos, y con tanta bondad, que mil veces nos libra sin pedirselo. ¡Cuántas ocasiones acuérdate, cuantas veces hubieras perecido en esta riña, en aquel encuentro, en tal camino, en aquel rio, y en otros precipicios en que te haz visto, y de los que te ha sacado la Omnipotente mano del Altísimo? ¿De cuantos riesgos no te haz visto libre por esta invencible mano? Acuérdate, y reflecciona, que tú no fuiste suficiente á escaparte de ellos por tus propias fuerzas, y que quizá al tiempo de salvarte no te acordaste de Dios para nada, preocupado únicamente del susto que te amenazaba.

Pero de que Dios sea absolutamente poderoso para librarnos de todo mal, y de que así se lo debemos pedir, no se deduce que cuantos males nos afligen sean determinados ó decretados por Dios. Mucho menos se arguye que esté, digámoslo así: obligado á librarnos, aun á costa de milagros, de aquellos males, que nosotros nos acarreamos por nuestra culpa, ni á salvarnos de los peligros á que nosotros temerariamente nos esponemos. Sus atributos resplandecen en todo, y su bondad se hace perceptible aun á las criaturas insen-

sibles. *Los cielos anuncian su gloria, y las obras de sus manos certifican su poder.*

En fuerza de esta bondad, dotó al hombre de entendimiento, para conocer el bien y el mal, y le dejó un alvedrio para que despóticamente eligiera entre uno y otro, segun su gusto. Esta luz de la razon, y esta libertad concedida al hombre, lo hacen digno de premio ó de castigo. Liberalidad que cierra á los impíos la boca para que no puedan blasfemar contra la justicia ni providencia del criador, y que les arrancará á su pesar, aquella espantosa consecuencia: *luego solamente por nuestra culpa, por nuestra malicia y querer, nos apartamos del camino de la verdad.*

Hay otra equivocacion en la materia; vulgarmente llamamos mal á todo cuanto nos aflije, y en este sentido, los males de que nos quejamos, son los trabajos y miserias de esta vida. Ello es cierto, que así como no hay en el mundo otra felicidad que la que dá la gracia, que es lo que se debe llamar ùnico, sólido, y verdadero bien: así tampoco hay mayor infelicidad que el pecado, que es el solo y verdadero mal.

Pero aunque comparativamente llamemos bienes á las prosperidades temporales, y males á las miserias y trabajos, debemos advertir que Dios no solo permite que éstos nos aflijan segun el curso de las causas naturales, sino que muchas veces los ordena y nos los envía directamente, ó para nuestra correccion, ó para nuestro mérito, y en ambos casos, lejos de tenerlos por males, los deberiamos reconocer como unos bie-

nes celestiales, por mas que nos lastimen; así como el enfermo no tiene por un mal el cáustico; sino por un remedio eficaz, del que mil veces depende su salud.

Cuando el hombre se quita la venda de las pasiones y levanta los ojos limpios á su Autor, se consuela en medio de sus aflicciones con la seguridad de estas verdades.

Entónces se acuerda que dicen los proverbios: ,,*que los dias del pobre que teme al Señor, están llenos de privaciones; pero la tranquilidad de su alma le es en vez de abundancia.*" Entónces lee con gusto lo que dice san Pablo: ,,*gloriémonos en las tribulaciones, las cuales producen la paciencia, estableciendo esta la prueba de nuestro amor; y perfeccionando nuestra virtud, nos dá una esperanza firme.*" Entónces se acuerda con Job: ,,*que es dichoso el hombre á quien prueba el cielo, y que no se deja abatir en los trabajos, ni desanimar por los sufrimientos, que siendo la señal cierta de una predileccion divina, debemos llevarlos con alegria.*" Entónces sabe en el libro de los hebréos: que, ,,*no aflige Dios sino á aquellos que él constituye en el número de sus hijos, ni corrige sino á los que ama.*" Ultimamente, entónces conoce que ,,*son bienaventurados los que lloran, y felices los que padecen, siendo justos.*"

Rod. ¡Buen espíritu teneis para misionero! ¿Habeis acabado?

Teof. Nadie es capáz de elogiar dignamente las magnificencias del Señor; pero lo dicho es suficiente.

á mi parecer, para hacerte conocer que Dios es justo y bueno, sobre toda bondad y justicia, que su sábia Providencia todo lo ordena á nuestro bien, y que lejos de complacerse enlos trabajos que nos afligen, como piensan los impíos, incesantemente vela sobre nuestra sólida felicidad.

Rod. Así os parece, pero os engañais: nada de cuanto habeis hablado me convence. Hay criaturas nacidas solo para llorar y sufrir. ¡Desgraciado de mí! Soy uno de ellos....

Teof. Esfórzate, Rodrigo, que cuando pase la negra tempestad que te oprime, tú conocerás la verdad y te consolorás resignándote como debes, en la divina Providencia.

Rod. Vuestros consuelos son inútiles. Mi mal es cruel: mi dolor vehemente, y no tengo esperanza de remedio.

Teof. ¿Qué puede ser que no halle alivio en la esperanza?

Rod. Soy desgraciado. Hoy ha muerto mi esposa, la muger mas amable del mundo, y ha fallecido en los brazos del dolor y la miseria. Ha muerto en la flor de sus años, solo por haberme amado, y yo teniendo ó debiendo tener proporciones para haberla asistido, he sido tan desdichado, que ni la he podido sepultar, viéndome precisado á abandonar el cadáver, dejándolo solo en la accesoria en que vivía, y venir acompañandoos, sufriendo las inclemencias de esta pesada noche, y cosas peores.

Teof. Es dolorosa amigo, tu situacion: yo te compadezco al par de mí; pero ¿qué crueles ocurrencias te condujeron á tan lastimoso estado!

Rod. Oíd en breve: yo amaba á la que fué mi esposa, y era correspondido de ella tiernamente. No restaba otra cosa, que casarnos para disfrutar tranquilamente nuestro amor; mi padre se opuso á este enlace injustamente, no porque mi esposa tuviera ninguna cualidad que la hiciera indigna de mí; sino porque era pobre. Yo no pudiendo resistir mi pasion, me casé contra su gusto, y él vengativo y codicioso, me desheredó al instante, dejándome en la calle y rodeado de miserias.

Teof. Tu padre anduvo imprudente; mas tú debiste haber tentado otros medios mas suaves, para obtener su permiso, antes que atropellar su voluntad violentamente.

Rod. El era un viejo áspero, duro y cruel; al paso que afeminado y condescendente. Jamas me trató con prudencia, sino, ó con un rigor escesivo, ó con una mimada contemplacion, con cuyo arte logró que yo lo aborreciera unas veces, y otras lo tratara sin respeto. Ultimamente, si yo fuí un hijo perverso é ingrato, él fué un padre tirano y consentidor....

Teof. Amigo, yo te he escuchado con espanto. Acaso tu padre será del estraño carácter que dices; mas nunca te es lícito deshonrarlo con tanta desvergüenza, ni pintar sus defectos con tan negros coloridos. ¡Pobre viejo! tal vez á esta hora tedrá noticia de tus desgracias: se habrá dolido de ellas: tratará de re-

dimir su imprudencia, te habrá buscado, y no hallándote, estará derramando lágrimas amorosas por tu ausencia. Vuélvete, Rodri o, vuélvete, y consuela su cansada vejez.

Rod. Melindrosas son vuestras persuaciones, el viejo cruel jamás me amó. Su hijo y su ídolo era el oro; ni conocia otro amor que el del dinero, y....

Teof. Bueno está; pero al golpe de la inmatura muerte de tu esposa, es de creer que habrá despertado de ese letargo; ya se acordará que es padre; estará pesaroso de su capricho, querrá consolarte y estrecharte en sus brazos. Sí, Rodrigo, así lo creo. Vuélvete, que el triste anciano estará llornado por tí á esta misma hora.

Rod. Os engañais. Mi indigno padre, á esta hora, no se ocupa sino en llenarme de maldiciones, que ¡ojalá no tarden en cumplirse!

Teof. ¡Qué profieres! Eso es temeridad.

Rod. No, sino una verdad evidente. Yo en medio de mi dolor y miseria, fuí á verlo para que me diera algun socorro: él me recibió con su acostumbrado desabrimiento: me irrité; quise tomar por fuerza unas onzas de oro, que habia sobre la mesa; él se llenó de rábia, me dió una bofetada, y yo entonces....

Teo. Qué ¿qué hiciste?

Rod. Le pasé el corazon con un puñal....

Teof. No prosigas. ¿Qué horror! ¡qué sacrílego átentado! ¿Sabes que has hecho? ¿sabes que has atraido sobre tí, todas las maldiciones del cielo? A tu padre! ¿al que te animó? ¿á tu vice Dios haz asesinado! ¿Es posible que aun vives? y....

Rod. Basta: no me conjures. Sé cual es mi delito; pero ¿qué tengo con saberlo? Todo lo he perdido en un momento: mi esposa, mi padre, mi hacienda, mi honra, mi libertad, mi vida y mi alma....

Teof. Cállate, bárbaro, tu alma no está perdida. Clama á Dios, y te perdonará.

Rod. Ya es tarde.

Teof. Jamas lo es para arrepentirse.

Rod. No puedo. Mi crímen es muy atroz.

Teof. La misericordia de Dios es infinita.

Rod. Para mí no alcanza.

Teof. Arrepiéntete, confia....

Rod. Me es imposible. La espada vengadora está sobre mi cabeza. La sombra de mi cruel padre me persigue. ¡Ay triste! ¿No la ves que horrible, y ensangrentada me persigue? Sí, mírala como anegada en unas negras llamas, me avisa estár en los abismos por mi causa: mírala que furiosa, y como me amenazan sus ojos centellantes y furiosos. ¡Miserable de mí!

Teof. Tu temor es fundado; pero no desconfies: clama á Dios....

Rod. Está sordo. ¿No ves cómo se tapa los oídos? Mi condenacion se ha decretado.

Teof. Rodrigo: vuelve en tí. Téme al Señor; pero duélete de tu culpa, y espera....

Rod. ¿Qué he de esperar? ¡Mal haya mi ecsistencia!....

Teof. ¡Qué espanto! A la luz de este relámpago, he visto despeñarse desde esta cima al infeliz Rodrigo. Rodrigo.... Rodrigo.... No responde. El infeliz cayó en un impetuoso arroyo, y ha muerto impenitente. ¡Desdichado! Su crímen lo condujo á la desesperacion, y ésta á la impenitencia final. ¡Terrible estado!

Pero, ¡válgame Dios! Qué cerca estuve yo de acompañarlo en tan aciaga muerte, si la atmósfera encendida tan á tiempo, no me avisara de mi prócsimo peligro. ¡Oh Providencia benéfica! Yo adoro tus decretos, y cosida la cara con la tierra alabaré y bendeciré tus admirables giros.

¿Mas, qué hago aquí? Ya parece que los aguaceros son menos fuertes: dentro de un rato es de creer que cesarán del todo, y que disipándose las ya delgadas nubes, abrirán el paso á alguna claridad. Me volveré por donde vine. Alta Providencia, en quien confio, sosténme en esta espantosa y tristísima noche, y dirige mis inciertos pasos, para que no me conduzcan al precipicio....

En efecto, la agua cesó; el horizonte se va limpiando, y no tarda la aurora en dejarse veer. ¡Oh, qué noche tan amarga ha sido esta! Anoche sepultado en una oscura prision, pensaba que no podia tener otra peor; mas esta ha sido mas fatal; aunque por otra parte mas provechosa para mí.

En medio de las incomodidades del recio temporal, del temor de los frecuentes rayos, del desvelo, de la

fatiga y de la incertidumbre del lugar en donde me hallo, me ha proporcionado mil saludables recuerdos el triste fracaso de Rodrigo. ¡Qué desgracia! ¡qué infelicidad la de ese hombre y la de su padre! Estas sí son desgracias, estos sí son verdaderos males y trabajos irreparables....

Verdad es que el avariento padre de Rodrigo, fué el motor de la desgracia de su casa. ¡Oh infame codicia, y de cuántos daños eres causa! Un padre cruel y avaro, hizo en pocos dias un parricida, sacrificó una jóven virtuosa en las áras de la miseria, y él mismo fué víctima de la desesperacion de su triste hijo. ¡Ay, hijos ingratos y desconocidos, que no sabeis sufrir los defectos de vuestros padres! Pero tambien, ¡ay de vosotros, crueles padres, que no condescendeis con vuestros hijos, en sus mas honestos y lícitos enlaces; sino que los castigais y aun aborreceis cuando estos no son conformes á vuestras miras codiciosas! Quereis casar los capitales y no las voluntades, como si el matrimonio fuera una negociacion profana, y no un Sacramento, Sacramento grande, como le llama san Pablo.

Mas ya la primera luz del sol alumbra los horizontes. Ya amanece. Las tinieblas se disipan, las inocentes avecillas, con sus dulces gorgeos, saludan al Criador; la naturaleza toda toma otro aspecto á la venida del padre de las luces, y....

Mart. Socorro, piedad, favor....

Teof. Pero, ¡qué lastimeros ayes hieren mis oidos! ¿Qué infeliz se quej[illegible] y pide socorro en estos montes?

MART. Pastores, ó baqueros, amparadnos.

TEOF. A mi derecha se escuchan los clamores. Subiré á la cima de esta loma, por si descubro su desgraciado autor. Consuélate, infeliz, seas quien fueres, que aunque inutil, ya vuelo en tu socorro.... Pero, ¡qué miro! Un pobre hombre desnudo se deja veer desde aquí, atado á un tronco. ¡Triste espectáculo! Ya él me vió y con la cabeza me llama. Bajaré....

¿Quién eres, desdichado? ¿quién te ha puesto en tan amarga situacion? Ya te desato. Consuélate. ¿Lloras? ¿la voz se te anuda en la garganta? ¡Pobre de tí! Vamos: serénate, ó llora si de este modo se desahoga tu pena. Ya estás suelto. Soy tu amigo: refiéreme tus aflicsiones, por si puedo servirte de algun alivio.

MART. ¡Ah, buen señor! Yo soy un pobre que tengo un miserable ranchito (1), á dos tercios de legua de este sitio, y me llamo Martin. Anoche vine con mi muger á recojer mis vacas para llevarlas al corral, y nos asaltaron unos ladrones, nos robaron las reses, nos golpearon y desnudaron, y despues de esto, nos ataron á estos troncos.

TEOF. ¡Y dónde está tu infeliz muger?

MART. Allí está, señor, que ni el consuelo de estár juntos nos permitieron. Miradla.

TEOF. Es verdad. Toma, cúbrete, y anda á cubrir y desatar á tu esposa....

(1) *Cortijo pequeño.*

MART. ¿Qué haceis, señor? ¿Vuestra manga(1) a rompeis?

TEOF. Sí; toma tú la mitad, y con la otra cubre á tu muger.

MART. Esa manga está muy buena, es lástima que la destroceis; aun os puede servir.

TEOF. Jamas puede servir mas dignamente. Anda.

MART. Yo os agradezco, señor, esta fineza. Vuelvo.

TEOF. ¡Qué fieros son los hombres! ¡qué insensibles! ¿No bastaba robar á estos miserables sus bienes, aún era necesario desnudarlos y maltratarlos hasta el estremo?

MART. Señor, señor, venid á ayudarme, que mi Teodora ha muerto.

TEOF. ¡Qué dices! ¿Esta otra desdicha te esperaba?.... Vaya, cúbrela bien y sostenla mientras la desato.... No te desconsueles. Está viva.

MART. ¿Está viva, señor?

TEOF. Sí, Martin, está viva.

MART. No señor: ¿no veis que no habla, ni respira, y está fria como un yelo? ¡Ay de mí! que mi Teodora ha muerto.

TEOF. No, infeliz, no ha muerto. Está desmayada y fria, por la agua y aire frio que ha sufrido en to-

(1) *Manga se llama en América, una especie de gavan talar que usa la gente de campo. Los que pueden, las usan galanas.*

da la noche. Ya está suelta. Súbela sobre mi caballo, y sube tú á la grupa para que la llevemos á tu casa.

MART. Señor: la cargaré en mis hombros. ¿Cómo habeis de ir á pié entre tanto lodo?

TEOF. No le hace: yo iré así de buena gana: importa mucho que no se pierda el tiempo. Sube y guia.

MART. Sois un señor piadoso y compasivo.

TEOF. Solo hago lo que debo. Vamos. ¿Tienes hijos?

MART. Sí señor, tres chiquillos. Quien sabe qué habrán hecho toda la noche sin nosotros.

TEOF. ¡Triste de tí! Aun es jóven tu esposa. ¿Te ama mucho?

MART. ¡Ah, señor! por eso la amo yo tanto. Es muy amante y fina mi Teodora.... Pero ¿veis, señor? Ya desde aquí se mira mi chocilla.

TEOF. Es verdad. Aligera para que lleguémos pronto.

MART. Sí haré, y luego que lleguémos descansareis, señor, y me hareis caridad en esperarme y cuidar de mi Teodora, mientras voy al pueblo, que está cinco leguas de aquí, á ver si viene el padre vicario y el médico.

TEOF. Querría continuar mi camino; pero haré cuanto quieras en favor tuyo y de tu pobre esposa.

MART. Dios lo pagará, señor.

TEOF. Así lo espero.

MART. Hé: ya llegamos. Mis hijos aun duermen amontonados unos sobre otros.

TEOF. Pues no los despiertes. Ven, carguémos la enferma.... ¿Dónde la pondrémos?

MART. Aquí, señor: sobre estas jergas, que es toda nuestra cama.

TEOF. ¡Qué miseria! Abrígala con esas mantas secas, y dale á oler el humo de la lana quemada.... ¿Ya vez?... Luego que se va calentando, va volviendo.... Ya se mueve.... Repite la operacion.... llámala.... ¿Te responde?

MART. Sí, pero apenas la oigo, y habla despropósitos.

TEOF. En efecto, delira. La calentura es terrible. Ve por el médico, que el tiempo es muy de aprovechar en estos casos.

MART. Pondré, señor, vuestro caballo en el corral para que almuerce. Vos secad vuestra ropa al fuego, y recogéos cuando querais, asad una gallina, pues yo no tengo lugar, ni vos gustareis que me dilate.

TEOF. No en verdad. Anda que yo cuidaré de todo como pueda.

MART. Voime.

TEOF. ¡Qué desgracia es la mia! ¡Qué siempre haya de presenciar espectáculos tristes y espantosos!